



CARCOMA DEL ALMA

Así como la carcoma es algo que va destruyendo poco a poco la madera, hay una carcoma de la convivencia entre las personas, que es la envidia.

La historia de los hombres comenzó después del pecado original, con aquel caso funesto de envidia entre Caín y Abel.

La envidia tiene muchos rostros. Desde que somos niños conocemos los celos: entre hermanos o entre compañeros de clase. A veces surge también la envidia porque el otro ha estrenado un vestido, por las notas, por la bicicleta, porque nos parece que es más estimado... Pero no es sólo problema de pequeños, también se da en nosotros, los mayores.

Se puede sentir envidia de todo. Del coche que han estrenado, de la casa, del vestido, de los muebles... Nos cuesta quedar en segundo lugar. Nos cuesta perder, incluso en los juegos.

La envidia suele entenderse como una especie de tristeza que sentimos del bien de los demás, como si eso fuera un mal para nosotros. Algo así como si aquel bien del otro nos rebajara a nosotros. Realmente es un vicio propio de corazones mezquinos.

Otros rostros de la envidia son la murmuración, el resentimiento en el corazón, que nos hace hasta denigrar o rebajar los méritos de los otros, atribuirles fallos, acusarles. Como, si de esa manera, nosotros flotáramos un poco más por encima de ellos; también es envidia gozarse de las adversidades del prójimo. No depende del todo de nosotros que pasen por nuestra mente, por nuestro interior, pensamientos o reacciones así, poco limpios. Lo que sí depende de nosotros es reaccionar contra ellos. No dejar que arraiguen en nuestro corazón.

Se cuenta que un religioso, que convivía en la misma casa con san Buenaventura, sentía envidia del talento de este santo porque poseía una inteligencia extraordinaria. Y un día, al hacérselo sentir así a su compañero, el santo le contestó: "¡Pero, hombre, tú puedes amar a Dios igual o más que yo! Y Dios puede amarte a ti igual y más que a mí". Y aquel hombre sintió paz, pensando: "Es verdad, lo más importante no es el talento, no son las cualidades, no es lo que uno tiene. Lo más importante es amar a Dios y sentirse amado por Él".

Esto puede curarnos, de raíz, de la insensatez de nuestra envidia. Porque lo propio de los corazones generosos es alegrarse del bien del prójimo, de sus éxitos. Alegrarse con sus alegrías; incluso llorar con sus tristezas.

E. F.

EVANGELIZAR POR CARTA

Bartolomea Capitanio (1807-1833) se hizo famosa por escribir muchísimas cartas. Bueno, ésa fue una de las razones. Cuando Bartolomea era una niña, su padre bebía mucho y les complicó la vida a ella y a su madre. Ambas lo amaban pero detestaban que bebiera. Sin embargo trataban de ser pacientes y rezaban mucho por él.

Cuando Bartolomea era una adolescente, notó que la mayoría de los niños de la ciudad andaban en las calles porque no había escuelas para ellos. Así que Bartolomea estudió, recibió un título de maestra y abrió una escuela en su casa. Por las tardes comenzó a escribir cartas a sus amigos y antiguos estudiantes. Sus cartas ofrecían consuelo espiritual, consejo y amistad. La gente las guardaba y las atesoraba, a menudo las compartía con otros y los sacerdotes hacían copias de las mismas, para dárselas a los que acudían a pedir consejo.

Cuando murió a los 26 años Bartolomea había escrito muchísimo. Trescientas de sus cartas fueron recopiladas y publicadas y aún se usan en la actualidad.

LA CONFESIÓN VISTA POR UN DEFICIENTE

Antonio es minusválido psíquico. Tiene 17 años. En el camino hacia Lourdes, habíamos preparado un tiempo dedicado a la reconciliación. Al empezar la celebración, yo dije: "¿Quién puede hablarnos un poco sobre cómo ha comprendido él el perdón de Jesús?" Antonio gritó (ésta era su forma de hablar): "Yo quiero salir el primero". Y se adelantó, llevando una piedra grande. Intentó golpearse con ella el corazón, luego me la dio, se volvió hacia la asamblea y, con una sonrisa en los labios, se fue a besar a todos los presentes.

«¿Acaso puede explicarse mejor que así el sacramento de la reconciliación? Nuestro pecado nos pesa en lo más hondo de nosotros mismos. Cuando se lo entregamos a Jesús, quedamos verdaderamente liberados de él y reconciliados con nuestros hermanos y con el Señor. El Señor se había servido de Antonio, en su sencillez y su debilidad, para explicarnos la riqueza de este sacramento».

Pierre Trevet

EI, POR QUÉ DE LOS MANDAMIENTOS

Le preguntaron a un hombre, que no era un mecánico pero que hacía muchos años que tenía un automóvil en perfecto estado, cuál era su secreto. Respondió que había anotado en un cuaderno las normas a seguir para protegerlo durante las distintas estaciones y usarlo correctamente por la carretera. Es decir, observaba reglas. Es una costumbre útil para conseguir que el coche dure mucho y para prevenir los accidentes. Los mandamientos cristianos tienen una finalidad parecida: sirven para vivir de forma justa y para protegerse de los peligros.

LIMPIEZA GENERAL

En todas las casas, de vez en cuando se hace una limpieza general: se mueven los muebles, se barre, se friega el suelo, etc. La casa limpia es agradable, pero no es tan agradable hacer la limpieza. Ni siquiera los hombres se «limpian» siempre con gusto. Es necesario habituarlos desde niños. Sin embargo, esta suciedad de la que se habla es superficial, para eliminarla basta un poco de buen jabón.

Los pueblos antiguos consideraban impuras también las enfermedades visibles, sobre todo, la lepra. Cristo cura muchas enfermedades, purifica a los hombres de sus manchas. También el mal se comprende metafóricamente como una causa de contaminación. El hecho de que Jesús cura a los leprosos, considerados incurables, es una prueba de optimismo en el campo moral. Se pueden perdonar todos los pecados. La lepra hoy se considera curable pero sólo parcialmente, si el enfermo comienza el tratamiento a tiempo, cuando el cuerpo no está todavía gravemente atacado por el mal. Sin embargo, Jesús cura también a estos últimos enfermos. Esto significa que el pecador puede corregirse también cuando se encuentra en un estado crítico. Cristo transmite a la Iglesia este poder de purificar los pecados y la Iglesia lo realiza a través de los siglos.

CONSERVAR LO ESENCIAL

Luis tiene 78 años y Elena 74. Han celebrado los 51 años de matrimonio. Una noche, Luis bajó a buscar media barra de pan al congelador y se dejó la puerta abierta. Cuando se dieron cuenta, cuarenta y ocho horas más tarde, tuvieron que tirar las tres cuartas partes del contenido. Él estaba desolado. Ella simplemente dijo: «Déjalo, estamos juntos, y eso vale más que todos los congeladores del mundo...» Eso se llama «volver a enfocar». Como con una cámara de cine, dejad el detalle para volver a lo esencial. El Hermano Roger de Taizé decía: «Lo único grave es perder el amor». Se trata, claro está, de nuestra capacidad de amar, de querer el bien para todos, y de acoger el amor que Dios nos ofrece de manera incondicional.

Observáis que cuando vino la tormenta los discípulos estaban muy angustiados. Pensaban que alguna gran calamidad se les aproximaba. Por esta razón, Cristo les dijo: ¿Por qué teméis? Esperanza y miedo son opuestos; temían porque no esperaban: Esperar es no sólo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que nos ama y desea nuestro bien; y por esto es una gran gracia cristiana. Pero la fe sin esperanza no basta para llevarnos a Cristo. Los diablos creen y tiemblan. Creen, pero no van a Cristo porque no esperan, sino desesperan.
(Card. J. H. Newman)

EL PRESO LUIS

Desde los 18 años estaba enganchado en la droga, a raíz de un problema familiar: cuando se encontraba realizando el servicio militar, su padre abandonó a su madre... Era entonces una persona corpulenta, poco antes de morir pesaba 34 kilos, víctima del Sida. Decía que era Dios mismo quien le daba fuerzas para subir cada peldaño, para poder vestirse, en definitiva, para poderse levantar cada día.

«Veo que ahora me llega el descanso, se termina la pesadilla; el final físico se ha quedado a medio camino. Ya no me quedan fuerzas. El espíritu lo tengo bien fuerte; cada día estoy con Él y estoy en el inicio. He vivido en la calle pidiendo limosna. Algunas personas me han dado, otras no; incluso algunos me han insultado; otras me han dado amor, otras me han dado dinero. Recuerdo con cariño que un niño me dio un duro y una sonrisa, escapándose de su madre que no quería que se me acercara.»

-¿Cómo vives la enfermedad?

-Es mi misión de alguna manera, mi trabajo. He hecho mucho, ha sido una vida intensa en todos los niveles. He estado arriba y abajo, he comido caviar y he estado en los mejores hoteles... La enfermedad la encuentro como el final de todo esto; me voy en paz. Me gustaría irme sin dolor, lo físico hace daño; tengo artrosis y la médula ósea mal. Estoy enfermo y no me pueden dar analgésicos todo el día.

-¿Cómo ves la muerte?

-La veo como el comienzo de la vida; de la auténtica vida y, poder poner en práctica todo lo que se nos ha enseñado de bueno en esta vida y lo malo dejarlo de lado.

-¿Qué mensaje podrías transmitir de tu enfermedad, soledad, cárcel... a todos (refiriéndose a los compañeros que están en su misma situación)?

-Que no tengan miedo y abran sus corazones a la verdad antes de morir. Que no les dé vergüenza llorar, chillar o decir que se han portado mal con alguna persona; saber pedir perdón y perdonar.

-¿Qué nos dirías a los discípulos de Jesús de Nazaret, a la gente de Iglesia?

-Les pediría humildad. Que no sean hipócritas, que la hipocresía es la espina más grande que tiene el ser humano. La caridad no es dinero, ni un trozo de pan, es algo más: es amor (un abrazo, una sonrisa,...) Yo le doy las gracias con el mismo amor a una persona que me ha dado 500, que a otra que me da 50, pero con amor.



B.R.